

que en pintura ha escuchado. Pero como Zuloaga fué siempre enemigo de academicismos y encasillamientos artísticos (—Usted pinte lo que vea—le repetía frecuentemente el maestro—sin preocuparse de nada ni de nadie, con decisión, con valentía... Sin imitar a ninguno, que el mejor, a fin de cuentas, suele ser uno mismo.) y Antonio es en arte algo rebelde, no llega esa influencia, ni mucho menos, a ser una servil imitación, ni pasa, por ende, de ser un reminiscente modo de hacer que recuerda un algo la certera y escueta pincelada zuloaguesca.

No puede, por lo tanto, afirmarse—aunque algunos se empeñen en ello—que Antonio Sánchez sea no más—que ya sería ser bastante—un mero discípulo de Zuloaga, más o menos aventajado, no. En alguno de sus cuadros, sobre todo en determinados temas, y, imitando aún más, en detalles parciales de sus lienzos, nótase, sí, dicha influencia del genial pintor, mas no en toda su obra, en la que campea, definida y claramente, la personalidad del artista—que la tiene y bastante acusada—, sobre toda ajena ascendencia.

Antonio Sánchez, es, sencillamente un ferviente admirador de D. Ignacio, del que se acuerda, a ratos, a la hora de pintar. Y nada más.

No ha de transcurrir mucho tiempo—yo soy un convencido de ello—en que demuestre evidentemente que es muy otra, y muy propia, su técnica pictórica, en que se funden lo clásico y lo nuevo, pero sin amaneramientos ni snobismos, sin arcaísmos trasnochados ni estridencias ultruístas. De su dominio de la paleta y el dibujo, de su buen gusto, de su sencillez y de su verismo podemos y debemos esperar óptimas obras. Dámosle espacio para que totalmente se depure y acabe por encontrarse a sí mismo. Ya está en camino de introspección artística, ya ha comenzado a pisar terreno firme. Así, al menos, lo acusan todos los críticos que de él se han ocupado, con motivo de su reciente y notable Exposición. Y así, también, lo hemos apreciado cuantos seguimos con atención su obra ascendente a través del certamen artístico en que Valdepeñas patentiza, año tras año, su alto nivel cultural.

En sus ya conocidos retratos—excelentes muchos de ellos—, en sus bodegones—, modelos de sencillez y aciertos—, en sus luminosas manchas taurinas— plenas de gracia y verismo—va asomando paulatinamente, entre este o aquel recuerdo inevitable, la recia y acusada personalidad del pintor, que por no haber conocido maestros se halla libre de fuertes e inolvidables influencias. Pero que, por tal razón, ha de vencer más obstáculos—su propia formación es uno de ellos—para alcanzar el triunfo definitivo.

Ignoro, aunque lo presiento, si este instante lo tendrá muy próximo Antonio Sánchez, que va sumando no pocos ni despreciables—algunos en su lugar se crearían ya consagrados—éxitos parciales, en

EL PIRRACAS

Uno de los cuadros presentados por Antonio Sánchez en su reciente Exposición.

